

mas frecuencia puerilmente; parecían conspirar contra la religión cristiana. En todas sus cartas domina un mismo pensamiento: reunir todas las fuerzas del espíritu en contra de la revelación. Exceptuando este punto, en ningún otro estaban de acuerdo, y aun estaban muy lejos de determinar bien este mismo. La sociedad les parecía dividida en dos clases: una que goza y gobierna, otra que sufre y es gobernada. Creen que pueden dejarse á esta última los consuelos ó los terrores de la religión, pero qué importa á la humanidad que la otra los rechace. No se cuidan de examinar qué leyes particulares deben dirigir y contener á esta otra; Voltaire se inclina á la religión natural, pero en su poco ferviente deísmo se ve detenido y atemorizado alguna vez por la escéptica indiferencia de d'Alembert. Su correspondencia se asemeja á aquellas conversaciones en las cuales cada uno se cuida un poco de buscar la verdad, pero se cuida mas de guardar las consideraciones sociales, y podría decirse que todos están de acuerdo porque ninguno pronuncia la palabra que ocasionaría la disputa.

Además, ¿cómo hubiera podido Voltaire imponer á literatos un sistema uniforme que abrazase las cuestiones mas difíciles de moral y de política? Aun dado caso de que su mente le hubiera concebido, no era su carácter para seguirle con firmeza; para contener á tantos discípulos atrevidos era preciso saber contenerse á sí mismo. Voltaire ya sexagenario, enfermo con frecuencia, real ó imaginariamente turbado por una porción de temores, embriagado con sus triunfos, tan propenso á irritarse como á calmarse, se guardaba muy bien de contener la movilidad de su imaginación por temor de disipar los últimos resplandores de su genio poético. Entonces, cuando el *Ensayo sobre la historia general* le había inspirado algún tanto la calma necesaria para una crítica elevada, trataba de volver su ánimo á la agitación para dar algunos momentos de vivo entusiasmo al *Huérfano de la China*. Cada bella escena le costaba una falta histórica. De joven había desconfiado de la gran facilidad de su talento, viejo ya se abandonaba á ella sin escrúpulo, porque creía poder jugar con la gloria. Las obras que salían de su pluma con una rapidez imposible de concebir, eran comunmente fruto de su capricho, de las circunstancias y hasta de sus temores. Para defender una de ellas escribía otra que parecía haber absorbido todo su tiempo. Mas cortesano en su retiro que en Versalles ó en Berlín, adulaba á los grandes y dejaba conocer la necesidad de su apoyo. Pero poco después deponía en su presencia su humilde apariencia, y con el propio ejemplo les enseñaba á gozar de las riquezas, á fecundar los campos, á poblar aldeas, y conseguía hacer respetar como un señor benéfico al que era mirado como el escritor mas peligroso. Federico olvidó mas fácilmente que Voltaire la escena de Francfort, y después de haber renunciado á su propia dignidad con un acto odioso y ridículo, la volvió á adquirir demostrando que honraba aun al hombre de genio á quien había querido tener por amigo. Las córtés del Norte, los príncipes de Alemania y hasta los cardenales pagaban á Voltaire un gran tributo de admiración. Luis XV hubiera temido parecer ridículo entre los reyes, si hubiese dejado conocer los temores que le inspiraba este escritor; madama de Pompadour conservaba aun la esperanza de hacer enemigo á Voltaire de los enciclopedistas; pero el parlamento y el clero le tenían demasiado miedo.

Justamente en el momento en que Voltaire parecía desear mas ardientemente la paz, apareció el poema de la *Duocella*, publicado según una copia sustraída al autor hacia mucho tiempo. Todo parecía conspirar para hacerle pagar cruelmente aquel capricho de la imaginación. Un falsificador que quería arruinarle y enriquecerse, retocando aquel cuadro tan torpe de suyo, añadió á la cuenta algunas frases satíricas contra el rey y la marquesa de Pompadour. Voltaire re-

probó con desprecio aquella obra. Los mas quisieron suponer que era la mayor parte lo añadido por el falsificador, y le atribuían aquello en que menos se conocía el esplendor del ingenio, y admiraron con entusiasmo lo demás: los libertinos creyeron estar en íntima alianza con los filósofos: el mismo Voltaire se admiró de la indulgencia con que había sido acogido aquel escándalo, y empleó parte de su vejez, tan frecuentemente ennoblecida con buenas acciones, en corregir, no en purgar aquella obra. El público conoció con asombro todo lo que había suyo en tan depravada concesión, y muchos se avergonzaron por él, pero continuaron repitiendo los epigramas mas ingeniosos de que se gloria la poesía francesa.

Habia escrito hacia poco el poema de la *Religion natural*, en el cual á cada paso se descubre al filósofo benévolo y se hace desear con demasiada frecuencia el poeta. Este poema fué condenado por el parlamento, y Voltaire tuvo que arrepentirse de una moderación que tan mal habían sabido apreciar. Hacia el mismo tiempo publicaba el *Ensayo sobre la Historia general*, una de las mas vastas producciones del espíritu filosófico, y la literatura francesa debe á Voltaire la gloria de haber dado el primer modelo de aquellos cuadros históricos comparados, que pone frente á frente las naciones, que presenta los rasgos particulares de sus costumbres, los progresos mas ó ménos lentos de su civilización, la instrucción y beneficios que unas reciben de otras aun en estado de guerra, y que finalmente ofrece la hermosa perspectiva de los auxilios activos que en un estado de paz podían prestarse mutuamente. Voltaire, sin embargo, en este género creado por él fué superado en gran manera por los Ingleses, que tomaron de él el modo justo y rápido de trazar los grandes resultados de la historia moderna, y de esclarecer las épocas oscuras. Primero Hume é inmediatamente después Robertson emplearon su talento vasto, juicioso y constante en obras que son el orgullo de su nación. Los historiadores ingleses, mas profundos que Voltaire, conservan sin violencia una gravedad que este no podía mantener por mucho tiempo, y una imparcialidad que no sabía tener cuando se trataba de la Iglesia. Robertson particularmente, en la *Introducción á la historia de Carlos V* desenvuelve magistralmente todo lo que Voltaire había entrevisto. Tal es el resultado de un método poderoso y de un estilo siempre proporcionado á la dignidad del asunto, que parecería que Robertson no debe sus principales reflexiones á los que penetran antes que él en las tinieblas de la edad média, si él mismo no tuviese cuidado de confesar ó de indicar lo que debe á Voltaire.

El *Ensayo sobre la Historia general* tiene la apariencia de un libelo contra el poder eclesiástico; el autor se rie con demasiada frecuencia de las tonterías humanas, aun cuando traigan detras de sí largos y terribles males: no establece la suficiente diferencia entre la barbarie de un siglo y la barbarie modificada del siguiente; por último, descuida demasiado dar su justo valor al carácter de algunos personajes que se elevan sobre sus contemporáneos, aunque participen de algunos de sus defectos y preocupaciones. Voltaire no quiere ver la gloria sino donde encuentra el saber, y no puede admirar á nadie que no se asemeje á Pericles, á Augusto ó á Luis XIV; pero en esta misma obra, ¡cuánta perspicacia! ¡qué arte para difundir la instrucción mas difícil! ¿Por qué una obra concebida con tanta elevación no fué llevada á cabo con paciencia? ¿Merecían acaso burlas y epigramas llenos de gracia, pero indiscretos y monótonos en su objeto, que Voltaire tratase de concluir tan pronto la empresa mas grande que podía concebir su imaginación?

Si Voltaire en su vejez hubiera podido gozar con tranquilidad sus primeros triunfos confirmados por el tiempo, si se hubiese contentado con la gloria de de-

fender á los oprimidos con un ardor que impidiese toda nueva opresión, con adoptar noblemente á la sobrina del gran Corneille, con fundar en Ferney una feliz colonia, con reunir los placeres de la libertad á los mas dulces privilegios de la opulencia, con resucitar en sus producciones ligeras la alegría y la filosofía de Horacio, con oponer finalmente á los sistemas perniciosos tanta firmeza como opuso á las innovaciones del mal gusto, pocos cuadros habría habido tan imponentes y serenos como el de sus últimos años. Pero conservó la inquieta actividad de su genio aun cuando ya no conservaba el poder, porque como sucede á todos los que no se dejan dominar por la edad, su pasión se había debilitado. Arrebatado continuamente á sí mismo, privándose por el exceso del trabajo de las ventajas de una meditación pacífica, exageró sus errores en vez de enmendarlos, corrompiendo su felicidad con sus malignas burlas. No cesó de escribir, aunque temía que el porvenir se asustase de su fecundidad; se disfrazó con diferentes nombres, y colocó la superchería al lado de la gloria, como si temiese ser venerado, y rechazaba el respeto con los tristes recursos de un bribon. Ciertamente que sería una gran injusticia el reconvenirle por haber presentado débiles producciones en el teatro francés, que había honrado con sus mas brillantes escritos, pero el público le hizo expiar estas últimas tentativas del genio: por otra parte fué verdaderamente una fortuna que Voltaire no se detuviera demasiado pronto, porque en el *Tancredo* se vió el fenómeno de una tragedia tan calorosa y apasionada como la *Zaira*, escrita á la edad de sesenta y seis años. Pero hubiera sido de desear para su siglo y para él que su furor irreligioso se hubiese extinguido mucho antes de su genio dramático. Yo no sé si el razonaria mucho consigo mismo antes de justificar la deplorable manía de insultar á la religión de su patria. La causa de la tolerancia estaba ya ganada, y las últimas convulsiones del fanatismo no habían hecho mas que demostrar la fuerza de la alianza que se preparaba para sofocarle; pero Voltaire, que se irritaba con cualquier obstáculo, en vez de demostrar como en la *Henriada* y en *Alcira* la prescrita tolerancia por la misma religión, no cesó de confundir la religión con el fanatismo; pretendiendo que el Cristianismo, oscuro como sistema, severo en sus preceptos, terrible en sus amenazas, quita el gusto á las artes y á la poesía, hace retroceder á la razón, siembra el espanto en las almas débiles, se combina con los vicios de todo el que sabe hacerse temer, abusa, en fin, de la caridad para excitar un proselitismo importuno, y tambien con frecuencia sangrientas persecuciones. La evidente superioridad de las sociedades cristianas sobre las mas florecientes naciones de la antigüedad, la abolición de la esclavitud, un nuevo derecho de gentes fundado en la idea de la familia, los límites impuestos á la tiranía, y una disminución patente del número de tiranos, todos los socorros prestados al desgraciado, el nuevo esplendor de las artes y de las letras, y por último, los progresos de la razón rechazan estas suposiciones; pero Voltaire tenía necesidad de encontrar pretextos para prolongar una lucha, que era una distracción en su vejez. Se sucedían las sátiras que producía aquella pluma que había bosquejado tan grandes cuadros; y en ellas Voltaire reproducía contra la religión cristiana hechos y argumentos que ya había presentado cien veces, sin temor de atestiguar con sus repeticiones la debilidad de su crítica. Para evitar la monotonía, trataba de emplear de un modo epigramático una erudición oriental adquirida en un instante, y variaba un poco su cruel sarcasmo con cuadros ingeniosos y relaciones inesperadas. Parecía que este espíritu satírico superficial le embriagaba de placer, y que se complacía en recibir los anatemas de los verdaderos sabios y de los hombres religiosos, y no hubiera faltado nada para el complemento de su satánica felicidad si hu-

biese podido ser llamado el antecristo. Sin recordar los títulos de sus obras, que hoy están difundidas por todas partes y casi olvidadas, diré solamente que aun aquellos que tienen la desgracia de estar imbuidos en sus máximas, se cansan de una ironía perpétua que debilita el rigor lógico; y otros aprendieron por una severa experiencia á no reirse de gracias que tienen una gran analogía con el orgullo y con los placeres del vicio.

Voltaire, después de haber coadyuvado á la publicación del Diccionario enciclopédico, quiso escribir una Enciclopedia suya particular, siendo un placer para él el dejar divagar por una multitud de asuntos su agudo ingenio, dotado eminentemente del don de la claridad superficial, y sostenido por una gran variedad de conocimientos exactos. Pero la fiebre irreligiosa que le poseía no le permitió abandonarse á esta agradable variedad, porque después de haber puesto á su disposición la totalidad de las cosas, se encerró en un estrecho círculo, tratando especialmente, con una crítica immoderada, impía, y falsa de los anales del pueblo hebreo y de los fastos de la Iglesia. Y aun cuando sale fuera de esta discusión, su filosofía no ofrece un carácter bastante pronunciado, é invoca del mismo modo á Epicuro y á Platon. Su satírico escepticismo mira con demasiada indiferencia la investigación de la verdad, y si el amor de la humanidad le entusiasma y le inspira pensamientos útiles, se detiene demasiado pronto en su desenvolvimiento, porque su espíritu debilitado por grandes esfuerzos es mas flexible que extenso; deseoso siempre de agradar y de seducir, quiere ser el adulador de sus contemporáneos, mientras que hubiera podido ser su legislador. Haciendo demasiado fácil la moral, la despoja de toda autoridad; retiene á las almas en una bondad indulgente, pero no las eleva hasta la virtud.

Ó Voltaire no conoció ni aun la influencia que había adquirido, ó conocía que esta influencia se iba haciendo cada día mas aparente que real. Amigo de la tranquilidad pública, aunque no cesaba de comprometer su reposo particular, no quería dejarse arrastrar por el movimiento que él había impreso á los ánimos. Por esta razón, en la súbita irrupción de todas las novedades, condenaba con despecho las que amenazaban la tranquilidad del Estado, y con indignación las que amenazaban al buen gusto. Sobre todo, le incomodaba é indignaba el carácter grave de su siglo, pareciéndole que se arruinaría todo si los Franceses se hacían serios, y especialmente si se hacían austeros. Lo que él había dicho antes á un pueblo niño, le parecía peligroso decirlo á un pueblo adulto, y para detener los progresos de los pensadores ambiciosos escribía mil juegos ingeniosos; ya cuentos en verso ó en prosa, en que la crítica mas sutil se mezclaba á una narración viva y fácil; ya cartas en que una brillante poesía y gracias inimitables servían de adorno á la mas pura razón. Se le aplaudía, pero sin abandonar por eso las investigaciones importantes, y todos gozaban al encontrar en este viejo francés la finura y el gusto del siglo de Luis XIV; por otra parte, el prestigio de aquel siglo iba desapareciendo, y en cambio se buscaban placeres de otra naturaleza ó se aprendía á pasarse sin ellos. Los homenajes que los literatos hacían á Voltaire, se parecían á los que tributan los astutos cortesanos á los monarcas débiles, cuya autoridad usurpan, y bajo el pretexto de extender los límites de su dominio, sus secuaces se esforzaban en apropiárselo. En cuanto á los filósofos, algunos hallaban su incredulidad demasiado superficial y poco audaz; otros se quejaban de que no se atreviese á seguirlos ó de que tratase aun de detenerlos en sus especulaciones políticas; en fin, le acusaban de vivir en paz con los grandes, mientras desafiaba la cólera de los sacerdotes.

Y en efecto, Voltaire trabajaba mas que ninguno otro para ganarse la protección de los poderosos, entre

los cuales conservaba su estimación; lo cuál debía no solo á los elogios, con que sabía aproximarse á ellos, sino á una moral complaciente, que no turbaba sus placeres, sino que por el contrario los hacía mas delicados. La filosofía parecia una cosa muy razonable á los grandes cuando desembarazaba el deleite de la rigidez importuna de los preceptos religiosos, y la dejaban que ordenase su flantropía; pero si la veían ir mas adelante, ya la creían importuna. Voltaire era, pues, el filósofo de las córtés, porque sabía limitarse á exponer los pensamientos de la mayor parte de los grandes sobre la religion y la moral; y eran muy pocos entre ellos los que se disgustaban al ver las clases gobernadas y descontentas participar de las opiniones secretas de las clases privilegiadas, á quienes la fortuna invitó al reposo, que hallan siempre las leyes cómodas para sí, y á quienes la educación, el honor y la doctrina preservan fácilmente de los delitos que mas castiga la sociedad. No solamente el duque de Choiseul, sino muchos de sus émulos y de aquellos que arruinaron su sistema político, parecia que decían á los filósofos: ¿Por qué no os detenéis en el punto que Voltaire? Él divierte con gracia, y vosotros siempre estáis discutiendo; á él se le «entiende,» mientras que vuestra oscuridad nos es sospechosa: «jugando con todo, respeta la autoridad, y vosotros queréis hablar magistralmente con una pedantería que oculta vuestra ambición. ¿No os basta que estén abandonados á vosotros los sacerdotes y los religiosos? Si queréis burlaros de las preocupaciones, respetad á lo ménos las que sean útiles.» Sin embargo, cuando el duque de Choiseul, al principio de su ministerio, quiso detener la filosofía con el ridículo que era su arma favorita, el autor que usó de esta arma contra Duclos, Diderot y Juan Jacobo Rousseau, no la usó contra la elegante y fria sátira de Voltaire, ántes por el contrario, fiel á las instrucciones recibidas, se glorió de arrastrar á una defección al jefe aparente del partido filosófico; pero Voltaire desmintió esta proposición sin mostrarse ofendido. Poco tiempo después el duque de Choiseul, deseoso de hostilizar á los Jesuitas, abandonó la débil é insulsa lucha que sostenía con los filósofos, cortándola por temor ó por desprecio; acogió sus aplausos, se valió de sus sufragios y sobre todo de los de Voltaire, para ser considerado, á despecho del rey, como el ministro de la nación.

Extracto de LACRETELLE.

(D) pág. 149.

DECLARACION DE LOS DERECHOS DE LOS AMERICANOS.

Considerando que despues de concluida la última guerra, el parlamento británico, arrogándose el derecho de imponer sus estatutos al pueblo de América en todo caso posible, ha establecido contribuciones sobre todos los habitantes bajo varios pretextos, siempre con el objeto de sacar una renta anual; ha impuesto otras gabelas en estas colonias; ha creado empleos de comisarios revestidos de poderes inconstitucionales y extendido la jurisdicción de los tribunales del almirantazgo, no solo á la percepción de estas gabelas sino al juicio de las causas puramente civiles; que en otros estatutos se han hecho dependientes de la corona los jueces, gobernadores, consejeros, etc., dando al rey la prerogativa de fijar sus estipendios, los cuales se fijaban ántes por las asambleas legislativas de las colonias; que se han tenido en pié de guerra á los ejércitos en tiempo de paz; que ha sido, hace poco, decretado por el parlamento, que segun el estatuto del año 35 de Enrique VIII, los colonos puedan ser llevados á Inglaterra para ser juzgados de traición, complicidad de traición y otros delitos semejantes; y que por decreto aun mas re-

ciente se ha ordenado una especie de juicio semejante en algunos casos que en él se especifican; que en la última legislatura del parlamento han sido aprobadas cuatro decisiones impolíticas, crueles, injustas, inconstitucionales, peligrosísimas y que atacan los derechos de las colonias, y finalmente, que con infracción manifiesta de los derechos del pueblo, se han disuelto varias veces las asambleas cuando estaban deliberando sobre las ofensas hechas á su patria, y que las representaciones humildes, respetuosas, leales y moderadas que se han dirigido al rey para obtener justicia, han sido oídas con desprecio por los ministros de su majestad:

Los dichos diputados, tanto en nombre propio como en el de sus comitentes, reclaman, demandan é insisten sobre todos y cada uno de los derechos, como privilegios y libertades incontrastables suyas, que ningun poder en el mundo tiene derecho para quitárselas, alterarlas ó disminuirlas sin su consentimiento, expresado por medio de los representantes en los diversos cuerpos legislativos de sus provincias.

Por esto resuelven unánimemente que los siguientes actos del parlamento son infracciones ó violaciones de los derechos de los colonos, y que por tanto, es esencial sean revocados, si se quiere restablecer la armonía entre la Inglaterra y las colonias americanas. (Aquí viene la enumeración de los actos vejatorios del parlamento.)

No pueden someterse las colonias á estas medidas injustas ó vejatorias; pero con la esperanza de que sus consúbditos de la Gran Bretaña, examinándolas de nuevo, las repondrán en un estado en que ambas naciones encuentren felicidad y prosperidad, han resuelto entretanto las siguientes pacíficas determinaciones:

1º Ponerse de acuerdo para no introducir ni consumir mercancías, manufacturas ó productos de Inglaterra, y para no llevar allá los nuestros.

2º Dirigir una carta al pueblo de la Gran Bretaña y otra á los habitantes de la América Inglesa.

3º Presentar una respetuosa exposición á su majestad conforme con las antedichas determinaciones.

El buen pueblo de las colonias de Nueva Hampshire, Massachusetts, Rhodeisland, Connecticut, justamente ofendido por este arbitrario proceder del parlamento y del ministerio, ha elegido respectivamente diputados que se constituyan en congreso general en Filadelfia, á fin de establecer su religion, sus leyes y su libertad de modo que no vuelvan á ser turbadas. Reunidos para lo cual los diputados en plena y libre representación de dichas colonias y tomando en séria consideración los medios mas á propósito para este objeto, declaran en primer lugar, como ordinariamente lo han hecho los Ingleses sus antepasados en semejantes casos para sostener sus derechos y su libertad:

«Que los habitantes de las colonias inglesas de la América Septentrional por las leyes inmutables de la naturaleza, y con arreglo á los principios de la constitución inglesa, de sus diplomas y otros convenios, tienen los siguientes derechos declarados por unanimidad:

1º Tienen derecho á la vida, á la propiedad, á la libertad, y no han cedido á ningun soberano la facultad de disponer de ellas sin su consentimiento;

2º Sus antepasados, fundadores de estas colonias, emigrando de la madre patria á América, tenían derecho á todos los privilegios, libertades y franquicias de súbditos libres y naturales del reino de Inglaterra;

3º Esta emigración no les hizo perder ni abandonar ninguno de dichos privilegios, ántes bien siempre han tenido derecho, y lo conservan sus descendientes, al ejercicio y goce de todos aquellos de que las circunstancias locales les permitan usar;

4º La base de la libertad inglesa y de todo gobierno libre es el derecho que tiene el pueblo de tomar parte en la formación de las leyes; y por cuanto los habitantes de las colonias no están representados ni pueden estarlo convenientemente en el parlamento británico, ya por su posición, ya por otras circunstancias, tienen derecho, por tanto, á un libre y exclusivo poder de legislación en los diversos cuerpos legislativos de sus provincias, en las cuales solamente puede conservarse el derecho de representación en todos los casos de contribuciones y de administración interior, salva siempre la aprobación del rey. Pero en atención á la urgencia del caso y al recíproco interes de los dos países, consienten de buen grado someterse á todos aquellos actos del parlamento británico que de buena fe se limiten á arreglar su comercio exterior, á fin de asegurar á la madre patria las ventajas comerciales de todas las partes del imperio británico, y á los miembros respectivos de este los beneficios de dicho comercio, excluyendo, sin embargo, toda idea de contribución interior ó exterior, dirigida á formar una renta anual pagadera por súbditos americanos sin su consentimiento;

5º Los habitantes de estas colonias tienen derecho á la ley comun de Inglaterra, y especialmente al grande é inestimable privilegio de ser juzgados por sus iguales y convecinos, segun lo dispone la ley;

6º Tienen tambien derecho al beneficio de los estatutos ingleses que existían en el tiempo de su emigración, y que la experiencia ha demostrado ser aplicables á sus circunstancias locales y de otra especie;

7º Estas colonias de S. M. tienen asi mismo derecho á todos los privilegios é inmunidades que les fueron concedidos por reales cédulas, y asegurados por los códigos de sus leyes provinciales;

8º Los ciudadanos de estas colonias tienen derecho á reunirse tranquilamente, á tomar en consideración los agravios recibidos, y á dirigir peticiones al rey; y las causas formadas y prisiones verificadas para impedir el ejercicio de este derecho son ilegales;

9º Es tambien contrario á las leyes el tener en tiempo de paz un ejército en el territorio de estas colonias sin consentimiento del cuerpo legislativo de la provincia que ocupen las tropas;

10º Es indispensable en todo buen gobierno, y esencial en la constitución inglesa que las diversas partes del poder legislativo sean independientes una de otra; y por lo tanto el haberse confiado en varias colonias el ejercicio de este poder á un condejo nombrado por el rey, cuya duración queda al arbitrio del mismo monarca, es inconstitucional, peligroso y subversivo de la libertad de la legislación americana.»

(E) pág. 246.

CARTA DE CÉSAR BECCARIA AL ABATE MORELLET.

Señor: Permitidme que use con vos las fórmulas de vuestra lengua, como mas cómodas, mas sencillas y mas verdaderas, y por lo tanto mas dignas de un filósofo como vos. Tambien me permitiréis que me sirva de un escribiente, por ser mi letra bastante poco legible. La apreciable carta que habéis tenido á bien dirigirme, ha despertado en mí sentimientos de la mas profunda estimación, de la mayor gratitud y de la mas tierna amistad; no puedo expresar con palabras todo el honor que he recibido al ver mi obra traducida á la lengua de una nación que es maestra y difundidora de las luces en toda Europa. Yo lo debo todo á los libros franceses; ellos me han inspirado los sentimientos de humanidad que habian sido sofocados

por ocho años de una educación fanática. Ya ántes de esto me era conocido vuestro nombre por los excelentes artículos que habéis publicado en la inmortal *Enciclopedia*; por lo tanto, fué para mí una gratísima sorpresa el oír que un literato de vuestro mérito se dignaba traducir mi tratado *De los delitos*. Yo os doy las gracias de todo corazón por el regalo que me habéis hecho de vuestra traducción y por vuestra solicitud en satisfacer mi deseo de leerla. No puedo expresar el placer con que la he leído; habéis aumentado el mérito del original. Os protesto con la mayor sinceridad que el orden que habéis seguido me parece muy natural y preferible á lo ménos, y siento que la nueva edición italiana esté casi acabada, porque hubiera seguido enteramente ó casi enteramente vuestro plan.

Mi obra no ha perdido nada de su fuerza en vuestra traducción, exceptuando aquellos pasajes en que el carácter esencial de las dos lenguas ha establecido alguna diferencia entre vuestra expresión y la mía. La lengua italiana es mas flexible y dócil, y quizá por estar ménos cultivada en el genio filosófico, puede adoptar giros que rechazaría la vuestra. No me parece fundada la objeción de que la alteración del orden puede haber disminuido la fuerza: la fuerza está en la elección de las frases, en la relación de las ideas, á cuyas dos cosas debe dañar necesariamente la confusión.

No os debía contener el temor de ofender el amor propio del autor. En primer lugar porque, como decis con razon en vuestro excelente prefacio, un libro en que se trata de la causa de la humanidad, una vez hecho público, pertenece al mundo y á todas las naciones; y en cuanto á mí en particular, ciertamente que hubiera hecho muy pocos progresos en la filosofía del corazón, que colocan hoy día sobre la de la inteligencia, si no hubiese adquirido el valor de conocer y de amar la verdad. Espero que la 3ª edición que va á publicarse en breve se agotará pronto, y entonces yo os aseguro que en la 6ª seguiré enteramente ó casi enteramente el orden de vuestra traducción, que pone mas á la vista la verdad que yo he tratado de exponer. Digo casi enteramente, porque solo por una rápida lectura, que es lo que he hecho hasta ahora, no puedo decidirme con pleno conocimiento de causa respecto de las particularidades, así como estoy ya decidido respecto del todo.

La impaciencia que tienen mis amigos por leer vuestra traducción, me ha obligado á dejarla leer á otros apénas la habia concluido yo, y me veo tambien en la necesidad de diferir para otra carta la explicación de aquellos pasajes que habéis encontrado oscuros. Debo deciros, sin embargo, que al escribir he tenido presentes los ejemplos de Maquiavelo, de Galileo y de Giannone. He oído el ruido de las cadenas que arrastra la superstición, y los gritos del fanatismo que sofocan los gemidos de la verdad; y la vista de este espectáculo terrible me ha inducido á ocultar algunas veces con nubes la luz. He querido defender la verdad, sin ser mártir de su causa. Este pensamiento que debía ser oscuro, me ha hecho serlo alguna vez quizá sin necesidad. Agregad á esto la inexperiencia y la falta de costumbre de escribir, defectos perdonables en un autor de veintiocho años, y que hace solo cinco que dió el primer paso en la carrera de las letras.

No tengo medio de manifestaros, señor, con cuánta satisfacción veo el interes que os tomáis por mí, y cuánto me conmueven las muestras de aprecio que me dáis, y que no puedo aceptar sin parecer vanidoso, ni rechazar sin cometer una ingratitud con respecto á vos. Con igual reconocimiento y confusión he leído las benévolas palabras que me escribís en nombre de esos célebres personajes que honran á la humanidad, á la Europa y á vuestra nación, d'Alembert, Diderot, Helvecio, Buffon, Hume, nombres ilustres que nadie